

## LECCION VII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

El domingo. — Su historia. — Su objeto. — El domingo entre los primeros cristianos. — Oracion en comun, oficio. — Origen del oficio divino. — Diferentes horas del oficio. — Su armonía con Dios, el hombre y el mundo.

I. El domingo. — La primera de todas las fiestas cristianas es el domingo, cuya historia es esta: Dios, despues de criar el mundo en seis dias, descansó el séptimo; santificólo, y mandó á los hombres que lo santificasen tambien. «El dia séptimo, dijo á su pueblo, es «dia de sábado, esto es, el descanso del Señor Dios tuyo. Ninguna «obra harás en él tú ni tu hijo, ni hija, ni siervos, ni siervas, ni «buey, ni asno, ni alguna de tus bestias, ni el extranjero que está «dentro de tus puertas, para que descanse tu siervo y tu sierva lo «mismo que tú. Acuérdate que tú tambien fuiste siervo en Egipto, «y que te sacó de allí el Señor Dios tuyo. Por esto te ha mandado «que guardases el dia del sábado <sup>1</sup>.»

Así pues, el descanso del sábado, en el dia séptimo fué prescrito á los judíos no solo por causa de religion, sino tambien por un principio de humanidad, doble motivo que subsiste en la institucion del domingo. El reposo del alma y del cuerpo, el bien del hombre todo, tal es el objeto de la institucion del *dia del Señor*, que con justo título puede tambien ser llamado el *dia del hombre*; la impiedad se ha mostrado cruelmente absurda cuando suprimiendo el domingo quiso calcular las fuerzas de los trabajadores como las de las bestias de carga. Por robusto que sea, el hombre necesita reposo; así lo han comprendido todos los pueblos, y todos establecieron ciertos dias para satisfacer aquella necesidad <sup>2</sup>; el séptimo es el dia mas

<sup>1</sup> Deut. v, 14.

<sup>2</sup> De la incesante actividad en el trabajo que no respeta ni el dia santo, y que es hija del industrialismo, es decir, del egoismo llevado al exceso, han resultado las siguientes consecuencias, segun acaba de manifestar el primer magistrado de una populosa ciudad fabril en un dictamen oficial sobre las causas

conveniente. «La experiencia ha demostrado que el plazo de cinco «dias es demasiado corto, al paso que el de diez demasiado largo «para el reposo; el terror, omnipotente en Francia, jamás pudo «obligar al labrador á celebrar la década, porque para ello son im- «potentes las fuerzas humanas, y aun, como se ha observado, las de «los animales. El buey no puede arar nueve dias consecutivos, y al «fin del sexto sus mugidos parecen pedir las horas indicadas por el «Criador para el reposo general de la naturaleza. En aquella época «los campesinos decian: Nuestros bueyes conocen el domingo, y «no quieren trabajar durante este dia <sup>1</sup>.»

Hemos dicho que el descanso del dia séptimo recordaba la existencia de Dios criador del mundo, y si bien despues de la extincion del Gentilismo y de la idolatría no fué ya necesario continuar observando el sábado ó el reposo del dia séptimo en memoria de la creacion, pues la creencia en un solo Dios no podia ya perderse, sin embargo fué conveniente consagrar por medio de un eterno monumento el recuerdo del gran milagro que sirve de base al Cristianismo, esto es, la resurreccion de Jesucristo.

El establecimiento del domingo hace este hecho incontestable y lo patentiza á los ojos de todas las generaciones; en efecto, los mismos testigos del acontecimiento establecieron la fiesta que perpetúa su memoria y su época, y la hacen celebrar, en el mismo lugar en que aquel tuvo lugar, por miles de hombres que pudieron saber por sí mismos la verdad ó falsedad del hecho, y tomar sobre él todos los informes necesarios; á menos, pues, de que fuesen todos víctimas de la mayor y mas inconcebible demencia, ¿habrian podido resolverse á dar testimonio, por medio de una ceremonia pública, repetida cada ocho dias, de un suceso imaginario ó del cual no estuviesen bien convencidos? Añádase á esto que para asistir á semejante ceremonia y practicarla fué indispensable por espacio de trescientos años exponerse á los tormentos y á la muerte.

II. El domingo primitivo. — Así pues, el domingo es una prueba

del pauperismo: 1.º la ilimitada concurrencia que produce; 2.º los fraudes en la produccion; 3.º la rivalidad ardiente y de mala fe; 4.º la ruina de los artesanos; 5.º el monopolio de los grandes establecimientos; 6.º el aumento del número de quiebras; 7.º el desórden y el embrutecimiento de los artesanos y de los obreros; 8.º la destruccion de la vida de familia; 9.º la ausencia de todo lazo moral entre el amo y el obrero.

<sup>1</sup> *Genio del Cristianismo*, parte IV.

patente siempre de la resurreccion de nuestro Señor <sup>1</sup>. Para saber el modo como nuestros padres en la fe celebraban tan fausto día, trasladémonos con el pensamiento á una época anterior á la nuestra de diez y ocho siglos, entremos en una de aquellas catacumbas iluminadas por una multitud de pequeñas lámparas suspendidas en la bóveda ó fijas en la pared, y al rededor de aquellos sepulcros de otros tantos Mártires ¿qué vemos? ¿qué oímos? Estemos atentos, pues san Justino va á explicarnos todas las ceremonias del domingo primitivo.

«El día del sol, es decir, el domingo <sup>2</sup>, todos los que residen en la ciudad ó en el campo se reúnen en un mismo lugar; empíezase leyendo los escritos de los Apóstoles ó de los Profetas, en cuanto el tiempo lo permite, y terminada la lectura, el presidente dirige un discurso á la reunion para instruirla y exhortarla á poner en práctica las sublimes máximas de virtud y de religion que acaba de escuchar. En seguida *nos levantamos* <sup>3</sup> todos para hacer nuestra oracion en comun; oramos por nosotros mismos, por los que están en aquel entonces bautizados, y por todos los hombres de cualquiera nacion que sean, á fin de que logren el conocimiento de la verdad, de que observen una santa vida llena de buenas obras, de que observen los mandatos del Señor, y de que alcancen, por fin, la gloria eterna. Concluidas las oraciones nos saludamos con el beso de paz.

«Acto continuo preséntase al presidente un pan y una copa de vino y de agua; los toma, y despues de dar gloria al Padre en nombre del Hijo y del Espíritu Santo, y de tributarle una larga accion de gracias por aquellos mismos dones que se ha dignado concedernos, el pueblo asistente dice en alta voz: *Amen*, palabra hebrea que significa: Así sea. Entonces los que nosotros llamamos diáconos distribuyen entre los asistentes el pan, el vino y el agua consagrados con la accion de gracias, y lo llevan á los ausentes.

<sup>1</sup> Véase en la parte II de esta obra lo que decimos del domingo en la leccion LIX.

<sup>2</sup> En la Epístola católica de san Bernabé se lee lo siguiente: «Pasamos en la alegría todo el día del domingo, en el cual Jesús resucitó de entre los muertos.» *Diem Dominicam lætitia agimus, in quo Jesus resurrexit à mortuis* (X, 15). Tertuliano dice: «Prohibimos el ayuno en el día del domingo.» *Die Dominico jejuniū nefas ducimus.* (De Coron. 3, y en el Apologético, n. 16).

<sup>3</sup> Los primeros cristianos oraban el domingo en pié, en memoria y en señal de la resurreccion.

«Damos el nombre de *Eucaristia* á semejante comida, y nadie puede participar de ella, á menos de creer en la verdad de nuestra doctrina, de haber sido lavado por la remision de los pecados y la nueva vida, y de vivir conforme á los preceptos de Jesucristo, pues no lo comemos como un manjar ordinario, ni lo bebemos como una bebida comun, sino como la carne y la sangre de nuestro Salvador, y sabemos que por la eficacia de la oracion eucaristica, que contiene las mismas palabras del Salvador, aquel pan y aquel vino se convierten en carne y sangre de aquel mismo Jesús que se hizo carne para nuestra salvacion. En efecto, en las memorias que los Apóstoles nos han legado, llamadas *Evangelio*, se dice que Jesucristo les ordenó usar de aquellas materias de este modo, cuando despues de tomar el pan y de dar gracias, dijo: *Haced esto en memoria de mí, este es mi cuerpo*; y cuando despues de tomar igualmente la copa y de dar gracias, dijo: *Esta es mi sangre*.

«En seguida nos recordamos estas cosas para memoria unos de otros: los que poseen bienes socorren á los pobres, y siempre procedemos entre nosotros con el corazon. En todas las ofrendas bendecimos al Criador de todas las cosas, por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo; las limosnas que cada uno hace con la mayor libertad se depositan en manos del presidente, el cual está encargado de asistir á las viudas, á los huérfanos, á los forasteros, á los enfermos, en una palabra, á todos aquellos que están sumidos en la afliccion por cualquier causa que sea <sup>1</sup>.

«Tenemos costumbre de reunirnos el día del sol, porque es el día en que Dios empezó la creacion del mundo; porque en aquel mismo día resucitó Jesucristo, nuestro Salvador, aparecióse á sus Apóstoles y les enseñó cuanto acabamos de explicar <sup>2</sup>.»

<sup>1</sup> Ochenta años despues de san Justino, Tertuliano decía: «Ancianos recomendables ocupan la presidencia; cada uno de nosotros lleva cada mes su módico tributo, cuando y cómo quiere y en razon de sus facultades; pues á nadie se obliga, y todo es voluntario. Aquel fondo es como un piadoso depósito: no se consume en banquetes ni en estériles disipaciones, y se emplea en el sustento de los indigentes, en los gastos de su sepultura, en el socorro de los pobres huérfanos, de los siervos extenuados por la edad, de los náufragos, etc., y si hay cristianos condenados á las minas, desterrados lejos de su patria ó encarcelados únicamente por la causa de Dios, se provee á su subsistencia.» (Apologético).

<sup>2</sup> *Apol.* Véase á Mamachi, t. I, pág. 287.

Lo que acabamos de oír ¿es la historia del domingo en el siglo II del Cristianismo, ó bien la historia del domingo tal como la vemos aun en el siglo XIX? Lo que acabamos de ver ¿es el cuadro de una catacumba, ó el de un templo católico? Uno y otro, y con este motivo ¡admirad, hijos de la santa Iglesia romana, el vigor con que vuestra madre imprime el sello de la inmortalidad á cuanto toca! Lo que hacian vuestros padres ¿no lo haceis del mismo modo en el día? ¿No se han conservado entre nosotros todos los recuerdos del domingo primitivo? En nuestras misas mayores ¿no se oyen la lectura de los libros santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, aquellas oraciones en comun, aquellas instrucciones exhortándonos á la virtud; no se ven aquel pan distribuido á los fieles, aquellos dones hechos á los fieles y á los cautivos? Si algunos espíritus soberbios desprecian y hacen burla de una *misa mayor*, es porque ignoran cuántos recuerdos encierra de antiguas costumbres y de santos usos. ¡Cosa admirable! no hay en toda la cristiandad ni una aldea, ni un villorio que no pueda ofrecer cada ocho dias á los sabios y á los eruditos reminiscencias de la antigüedad, recuerdos de los Césares, del Circo, de las Catacumbas y de los Mártires <sup>1</sup>.

III. Oficio divino. — Las oraciones en comun de nuestros padres en la fe nos dan ocasion de hablar aquí del *oficio divino*, es decir, de la verdadera oracion en comun del Cristianismo. Aunque los fieles no digan ya el oficio, asisten, sin embargo, á él una vez cada domingo, y tambien recitan una parte del mismo, *Visperas*, por ejemplo, y algunas veces *Completas*; y su fe, su piedad y su respeto por las oraciones y usos de la Iglesia, no pueden menos de aumentar con el conocimiento del sentido y de la razon de aquella parte.

*Origen del oficio divino.* Todos los hombres han orado, y orado en comun; los primeros cristianos sobre todo gustaban de reunirse para ofrecer á Dios el sacrificio de sus labios; todavía resonaban en sus oidos aquellas palabras del divino Maestro: *Donde están dos ó tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos* <sup>2</sup>; perseguidos, acosados como inocentes corderos por lobos implacables, buscaban la fuerza y el valor de que tanto necesitaban, poniendo en comun con sus hermanos sus corazones, sus votos y sus plegarias, así como compartian con ellos su fortuna y sus peligros.

<sup>1</sup> Cuadro poético de las fiestas cristianas, por el vizconde Walsh.

<sup>2</sup> Matth. XVIII, 20.

Las horas, así del día como de la noche, estaban divididas y arregladas para la oracion; las *Constituciones apostólicas* prescriben á los fieles orar por la mañana, en la hora Tercia, en la Sexta, en la Nona, en las Visperas, y á media noche <sup>1</sup>. San Jerónimo, escribiendo á una noble señora acerca de la educacion de su hija, le dice: «Poned á su lado á una virgen de edad ya madura, modelo de fe y de pudor, que le enseñe y acostumbre con su ejemplo á levantarse por la noche para orar y cantar los Salmos; por la mañana, los sagrados himnos; en las horas Tercia, Sexta y Nona debe continuar el combate como una heroína de Jesucristo, y al ponerse el sol debe encender una vela, como una santa virgen, y ofrecer el sacrificio de la noche <sup>2</sup>.» El mismo Santo nos asegura, en sus Epístolas, que el segador cristiano acompañaba sus trabajos con el canto de los Salmos, y que el viñador, al cultivar sus viñas, entonaba los cánticos de David <sup>3</sup>.

Los monjes del Egipto y de la Tebaida, los solitarios del Oriente, de la Palestina y de la Mesopotamia, se reunian en cada monasterio varias veces al día para recitar salmos y cantar himnos en alabanza del Señor; y no eran solo los religiosos los que así oraban en diferentes horas del día y de la noche, el comun de los fieles seguia tambien tan santa costumbre; san Agustín, dirigiéndose á su pueblo, le dice: «Queridos hermanos míos, os ruego que os levanteis mas temprano para asistir á vigiliias; ante todo acudid al oficio de Tercia, Sexta y Nona, y nadie deje de concurrir á tan santa obra, á menos de hallarse impedido por sus dolencias, por algun servicio público ó por una grande necesidad <sup>4</sup>.»

La reunion de todas estas oraciones se llama *oficio divino*, porque es un deber que prestamos á Dios para adorarle, calmarle, darle gracias y pedirle sus beneficios. Por lo que precede ha podido observarse que el oficio tal, á corta diferencia, como existe en el día, se remonta á la mas alta antigüedad; heredera de las antiguas tradiciones, la Iglesia lo estableció para perpetuar los sagrados cánticos

<sup>1</sup> Precationes fiant mane, Tertia hora, Sexta, Nona, et vespere, atque ad galli cantum. (Lib. VIII, c. 34; Durandus, lib. III, c. 11, pág. 733).

<sup>2</sup> Ad Letam, epist. VII, de Instit. filie.

<sup>3</sup> Ad Marcell.

<sup>4</sup> Serm. I ferie quartæ; LVI de Tempore. — Véase tambien san Basilio, Homil. in martyr. Julittam; S. Aug. Epist. CIX, etc.

con que resonaron el templo de Jerusalem, los ecos del Sínai y las orillas del mar Rojo, y tambien para facilitar á los cristianos el ejercicio de la oracion.

IV. Diferentes horas del oficio. — Tambien aquí encontramos una tradicion de tres mil años; David decia al Señor: *Siete veces al dia te he dicho alabanza*<sup>1</sup>, y el oficio divino se divide en siete partes llamadas *Horas*, porque se recitan en siete horas distintas del dia y de la noche. El nombre de estas horas es: *Maitines, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vesperas* y *Completas*, division que data de la mas alta antigüedad<sup>2</sup>; las *Láudes*, que se cuentan á veces como la octava hora, forman parte de los Maitines ó del oficio de la noche. Así pues, la division del oficio en siete horas adoptada por la Iglesia está establecida sobre la venerable autoridad de una tradicion de tres mil años, tradicion que á su vez está basada en las admirables armonías del número siete con Dios, el hombre y el mundo.

1.º El número siete es el de los dones del Espíritu Santo. «La antigua serpiente, dice acerca de esto san Jerónimo, lanzada del corazón humano, volvió con siete demonios peores que ella, de modo que nos seria imposible resistirlos, á no darnos fuerza para ello «los siete dones del Espíritu Santo. Para obtenerlos rezamos siete veces cada dia<sup>3</sup>.» 2.º El número siete es el de los pecados capitales, y para evitarlos, ó para purificarnos si los hemos cometido, rezamos siete veces al dia. 3.º Todas las necesidades espirituales y temporales del género humano son en número de siete, y se contienen en las siete peticiones del *Padre nuestro*; para obtener el principal objeto de cada una de dichas peticiones, rezamos siete veces al dia. 4.º El número siete es el de los dias de la creacion y del descanso de Dios, y para recordarnos la gran semana que vió salir al mundo de

<sup>1</sup> Psalm. cxviii, 164.

<sup>2</sup> S. Isidor, lib. I de *Eccles. offic.*; Raban. Maur. lib. II de *Instit. cleric.*; S. Basil. lib. I de *Instit. monac.*; S. Hier. in *Exposit. Psalm. cxviii*; Cassian. lib. III de *Instit. cœnobit.* c. 4.—Tenemos un placer en citar los antiguos versos que expresan la razon de las diferentes horas del oficio, indicando el misterio que en cada una de ellas se honra:

Matutina ligat Christum qui crimina purgat;  
Prima replet sputis; causam dat Tertia mortis;  
Sexta cruci neclit; latus ejus Nona bipertit;  
Vespera deponit; tumulo Completa reponit.

<sup>3</sup> S. Hier. in *Job*, xxxviii.

la nada, y excitarnos á dar gracias á Dios por cada parte de la creacion, á fin de que usando bien de las criaturas, alcancemos el santo reposo de la eternidad, rezamos siete veces cada dia. Las razones de esta division septenaria de la oracion existian ya hace tres mil años, y hé aquí explicado el fundamento de tan venerable tradicion, y la prueba de la profunda sabiduría de la Iglesia católica.

Esto no son mas que desvaríos, dirán quizás los hombres ligeros, poco acostumbrados á reflexionar; desvaríos en efecto, si así lo queréis, pero preferimos desvariar con san Jerónimo, san Basilio, san Agustin y Varron, que razonar con vosotros<sup>1</sup>.

V. Belleza del oficio. — Para formaros una idea de la excelencia del oficio divino bastará que sepais de qué se compone: es un *resúmen*<sup>2</sup> de lo mas bello que hay en lo mas bello de todos los libros, el Antiguo y el Nuevo Testamento; de lo mas tierno y sublime que nos ofrece la historia de los Santos; de todas las oraciones emanadas del abrasado corazón de los mayores genios y al mismo tiempo mayores Santos que el mundo ha conocido; de todos los cánticos sagrados que la fe inspiró á la piedad cristiana. ¿Qué mas diré? Contiene íntegramente los inimitables cantos, las inmortales poesías del real Profeta, en las que el corazón, el alma y la imaginacion encuentran como un océano de bellezas sin par, de pensamientos sublimes y de sentimientos divinos. ¿Hubo nunca mas bello breviario de mas bellas cosas? ¿hubo jamás oracion mas eficaz?

Un monarca quiere colmar de favores á su esposa querida, y quiere que ella misma se los pida; mas hé aquí que él mismo le redacta la súplica, le indica todos los términos de que debe usar, y luego se la coloca entre las manos, jurándole sobre su corazón otorgarle cuanto le ha prometido, luego que se presente con su súplica en la mano, en los labios y en el corazón: tal es Dios, tal es la Iglesia, tal es el Breviario.

¡Oh! ¡cuál debe ser el influjo que ejerzan en el corazón de Dios los tres ó cuatrocientos mil sacerdotes católicos que se presentan siete veces cada dia ante el trono del Esposo de la Iglesia pidiendo-

<sup>1</sup> Véase además sobre las demás armonías del número siete, san Basilio, *Homil. II in Hexaem.*; S. Greg. Naz. *Orat. XCIV in sanct. Pentecost.*, et divus Aug. *De Civit. Dei*, lib. II, c. 37; *De gen. ad lit. I contr. Manich.* lib. I; Varro, lib. I, *Eorum qui inscribuntur hebdomades*, etc., etc.

<sup>2</sup> Por esto se llama Breviario.

le como desea los favores que él mismo prometiera y de los cuales necesita su esposa querida! Y al pensar que en cada hora del día y de la noche hay millares de sacerdotes ocupados en tan sublime función; que el Oriente reza cuando el Occidente descansa, de modo que la voz de la oración no se interrumpe jamás, ¿no os parece hallaros en la Jerusalén celeste, donde los bienaventurados repiten sin fin el cántico de la eternidad: *Santo, Santo, Santo, el Señor de los ejércitos* <sup>1</sup>? ¿Cómo es posible que tan eficaz súplica no haga correr sobre la tierra un río de bendiciones? ¡Mundo culpable! á ella debes tu conservación, y ¡así lo olvidas!

¿Qué más puedo decir? Todos los siglos, todos los países, todas las lenguas cantan con nosotros cuando cantamos los Salmos de David, y mientras resuenan con ellos las bóvedas de nuestras iglesias, los inmortales cánticos se repiten en Roma, en Jerusalén, en Pekín, en Méjico, en San Petersburgo, en el Cairo, en Constantinopla, en París y en Londres. El templo de Salomón, las llanuras de Babilonia y de Menfis, las orillas del Jordán, los desiertos de la Tebaida, las catacumbas de Roma, las basílicas de Nicea, de Corinto y de Antioquía, los han escuchado. ¡Por cuántos lábios pasaron más puros que los míos! Tobías en su lecho de dolores, Judith en el campamento de Holofernes, Esther en la corte de Asuero, Judas Macabeo al frente de los guerreros de Israel, los repitieron; Antonio los suspiraba en el desierto, Crisóstomo en Antioquía, Atanasio en Alejandría, Agustín en Hipona, Gregorio en Nazianzo, Bernardo en Claraval, Javier en el Japon, y después de tantos siglos, después de haber expresado tan varios sentimientos, aquellos inmortales cantares son tan nuevos como el día en que por primera vez David los punteó en su arpa. ¿Y nada dice esto á vuestro corazón? ¿Y esto no engrandece vuestras ideas? ¿y no os hace comprender toda la magia del incommunicable nombre de la Iglesia, vuestra madre... *católica*?

VI. Maitines.—La primera hora del oficio se llama *Maitines, vigiliias, nocturnos*, ú *horas matutinales*, porque antiguamente se rezaban por la noche, como lo practicamos por Navidad, y porque en los capítulos se cantan por la madrugada. El domingo, los Maitines se dividen en tres nocturnos ó partes compuestas de tres salmos, de tres antifonas y de tres lecciones, precedidas de una bendición y seguidas de un responso; las primeras lecciones están sacadas de la

<sup>1</sup> Apoc. iv, 8.

sagrada Escritura, las segundas de las obras de los santos Padres, ó de las leyendas de los Santos cuya fiesta se celebra, y las terceras comentan el Evangelio del día, del cual citan algunos versículos.

Primeramente, los Maitines del domingo se dividen en tres nocturnos, y la palabra *nocturno* significa oficio de la noche. Sabido es que los antiguos dividían la noche en cuatro partes, de tres horas cada una: la primera desde las seis hasta las nueve; la segunda desde las nueve hasta media noche; la tercera desde media noche hasta las tres, y la cuarta desde las tres hasta las seis de la mañana. Cada parte se llamaba vigilia ó facción, y se decía la primera vigilia, la segunda vigilia, etc. Semejante denominación está tomada del lenguaje usado en la milicia, pues los soldados *velaban* ó *estaban de facción* cada uno durante tres horas <sup>1</sup>.

Del mismo modo que los ejércitos de los Césares, el ejército de Jesucristo, la Iglesia siempre en campaña, ordena á los eclesiásticos montar sucesivamente la guardia del campamento, sobre todo durante la noche, pues según dicen los santos Padres, es ella el tiempo peligroso, el tiempo en que se aparece el tentador, el tiempo del pecado <sup>2</sup>.

Por esto era que en los primeros siglos los nocturnos se recitaban separadamente; el primero durante la primera vigilia, el segundo durante la segunda, y el tercero durante la tercera, y Láudes durante la cuarta. Los fieles asistían á ellos, mas después de cada nocturno eran libres de ir á tomar reposo hasta el nocturno siguiente, sin que faltasen al rezo ni las personas más delicadas. San Jerónimo, escribiendo á la hija de los Paulo Emilios y de los Escipiones, le ordena conformarse con semejante costumbre y levantarse dos ó tres veces durante la noche para cantar los himnos y los salmos <sup>3</sup>.

Tiempo después, y considerando la Iglesia la humana debilidad, permitió rezar los tres nocturnos con las Láudes en una misma vigilia de la noche, sin que esto cambiase en lo más mínimo sus intenciones, consistentes en honrar por medio de cada hora del oficio los principales misterios de la Pasión del Salvador, en darnos á cada instante del día y de la noche útiles lecciones, y en procurarnos las gracias convenientes á cada una de nuestras necesidades. Al ha-

<sup>1</sup> Vegetius, *Lib. de re militari*, c. 8.

<sup>2</sup> S. Hilar. in *Psalm. cxviii*; S. Ambr. *Lib. VII in Lucam*.

<sup>3</sup> Noctibus bis, terque surgendum. (*Ad Eustoch. epist. XXII*).

blar de cada hora en particular, explicaremos mas detenidamente cuanto antecede.

Como podria muy bien suceder que alguno preguntase por qué los Maitines, que son la primera parte del oficio, empiezan por la noche, diremos que la causa está en que el dia eclesiástico empieza por la noche, venerable costumbre que nos recuerda la antigüedad, pues entre los judíos el dia empezaba tambien por la noche. Heredera de la Sinagoga, la Iglesia católica ha seguido la misma práctica, llena por otra parte de misterios; en efecto, los Maitines se rezan durante la noche, 1.º porque durante la noche fueron muertos por el Ángel exterminador los hijos primogénitos de los egipcios, acontecimiento memorable que fué causa de la libertad de la nacion israelita, antigua figura de la Iglesia; 2.º porque durante la noche nacio el Libertador del mundo; 3.º porque durante la noche consumó una parte de los misterios de su dolorosa Pasion. En memoria, pues, de tales acontecimientos, los mas grandes que se leen en los anales del mundo, en accion de gracias por tantos beneficios y tambien en expiacion de los crímenes de los judíos y de tantos otros como durante la noche se cometen, la Iglesia ha querido que los presbíteros y los religiosos, todos ángeles de oracion, estuviesen en adoracion y pagasen la deuda del universo. Decidme, ¿no es esta una idea muy hermosa?

¡Cuán bello era ver á aquellos sacerdotes, á aquellos religiosos, á aquellos ancianos de blancos cabellos dirigirse á la iglesia luego que la campana hubo agitado los aires, semejantes á un ejército que corre á las armas al primer sonido de la trompeta! «Llegados á la iglesia, dice uno de estos antiguos soldados de Jesucristo, nos prosternamos delante del altar, saludamos á nuestro general, y protestamos de nuestra obediencia á sus mandatos, reconociendo que no podemos vencer sin él.»

Empieza el oficio, pero ¿de qué modo? Como debe empezar toda obra sobrenatural, con la confesion de nuestra impotencia; el sacerdote hace en sus labios la señal de la cruz diciendo: *Señor, abrid mis labios á fin de que mi lengua pueda cantar vuestras alabanzas*; sin embargo, mientras el sacerdote pide á Dios la gracia y el permiso de cantar sus alabanzas, el demonio redobla sus esfuerzos para hacer inútil su oracion, y por esto es que, despues de obtenida la vènia, añade el sacerdote armándose con la omnipotente señal de la

<sup>1</sup> Durando, lib. V.

cruz: *Ó Dios mio, socorredme*; á lo que contesta el coro en alta voz, penetrado tambien de su propia debilidad: *Señor, apresuraos á socorrernos*. El sacerdote dice acto continuo: *Gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo*, y el coro responde: *Como era en un principio, ahora y siempre y en los siglos de los siglos*; es decir, gloria eterna al Dios de la eternidad. ¿Por qué este himno de gloria y de gratitud luego despues del grito de socorro? Porque el Señor ha dicho: *Aun no acabais de invocarme y ya estoy aquí*<sup>1</sup>; y llena de confianza en la promesa de su divino Esposo, y sabiendo que ha sido oida, la Iglesia se apresura á glorificar la santísima Trinidad. El *Gloria Patri* fué compuesto por san Jerónimo, quien lo envió al papa Dámaso, y á ruegos del santo anacoreta de Belen, el Sumo Pontífice estableció que esta doxología se cantase al fin de los Salmos<sup>2</sup>.

Desde Pascua hasta la Septuagésima, el *Gloria Patri* va seguido del *Alleluia*, palabra hebrea que significa gozo, alegría; la Iglesia lo coloca antes de todos sus oficios, á fin de excitarnos á la alegría, segun aquella recomendacion del Profeta: *Servid al Señor en el gozo*<sup>3</sup>; pues ¿cuándo será feliz un hijo sino cuando canta las alabanzas de su padre?

Despues del *Alleluia* viene el *invitorio* ó la *invitacion*; pues el sacerdote no se contenta con alabar á Dios él solo, sino que, profeta de la nueva ley, embajador del Altísimo, invita á todos sus hermanos á alabarle con él. El *invitorio* es una frase que contiene en pocas palabras la razon particular que tenemos para alabar á Dios en la fiesta que se celebra; esta oracion va seguida de estas palabras: *Venid, adoremos*, que el coro repite hasta seis ó siete veces, pues, despues de explicar á sus hermanos el motivo particular que tienen para alabar á Dios en la fiesta del dia, el oficiante les da las razones generales é inmutables contenidas en el salmo *Venite, exultemus*; dice:

«Venid, alabemos al Señor, que es nuestra salvacion.»

El coro: «Venid, adoremos.»

El oficiante: «El Señor es el Dios de los Dioses, el Árbitro del

<sup>1</sup> Adhuc te loquente ecce adsum. (*Isai.* LVIII, 9).

<sup>2</sup> Algunos autores atribuyen al *Gloria* un origen mas antiguo, y créenlo hecho en el concilio de Nicea.

<sup>3</sup> Psalm. xcix.

«universo, y á pesar de su grandeza, no desprecia las oraciones de «sus hijos.»

El coro: «Venid, adoremos.»

El oficiante: «El mar le pertenece, la tierra es obra de sus manos; él nos crió á todos, y nosotros no hemos temido ofenderle. Pos-trémonos de hinojos, derramemos en su presencia lágrimas de amor «y de arrepentimiento; pues somos su pueblo, somos la oveja que- «rida que come en su mano.»

El coro: «Venid, adoremos.»

El oficiante: «El Señor nos invita, no seamos sordos á su voz, por «temor de que nos suceda como á los israelitas del desierto.»

El coro: «Venid, adoremos.»

El oficiante: «Los cuales estuvieron en las soledades durante cua- «renta años, y fueron condenados á no ver la tierra prometida.»

El coro: «Venid, adoremos.»

Leed todos los poetas antiguos y modernos, buscad y rebuscad, y decid si es posible hallar nada tan bello, tan sublime, tan tierno como este magnífico diálogo! Tan poética plática, propia para formar en el corazón el espíritu de oración, termina con un grito de amor hácia la santísima Trinidad: *Gloria Patri*, etc.

#### Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber institui- do el santo día del domingo; mas para mí que para Vos debe aquel día consagrarse á la oración; hacedme la gracia de que lo santifi- que cumplidamente.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *procuraré comprender bien las ceremonias de la Iglesia.*

## LECCION VIII.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Maitines (continuacion).—Himno.—Anlífona.—Salmos.—Versículos.—Bendicio- nes.—Lecciones.—Responsorio.—Diferencia de los Maitines de nueve y de tres lecciones.—*Te Deum*.—Versículo sacerdotal.—Láudes.—Capítula.—Him- no.—Versículo.—Cántico.

I. El himno.—Después del *Gloria Patri*, este grito de amor y de alegría dirigido á la santísima Trinidad, después de la repetición del invitatorio, canto de gozo ó de tristeza según el misterio que se celebra, viene el himno destinado á alabar á Dios, á elevar los pen- samientos y afectos, á formar ó á robustecer en nosotros los senti- mientos y las virtudes que debe inspirar la fiesta del día; así es que para cantarlo todos los asistentes están de pié, todos los corazones se regocijan y todas las voces se reúnen.

«Tres cosas, dice san Agustín, constituyen nuestros himnos: 1.º «la alabanza; 2.º la alabanza de Dios; 3.º el canto<sup>1</sup>.» Su uso data de los primeros tiempos del Cristianismo; nuestros padres en la fe cantaban himnos en sus cenáculos y en las Catacumbas, y en esto seguían el consejo del mismo san Pablo<sup>2</sup>. San Crisóstomo fué el primero que estableció que se cantasen los himnos durante el oficio de la noche, por la razón que va á leerse: Durante la noche los ar- rianos recorrían las calles de Constantinopla cantando himnos en los que respiraban sus doctrinas impías, y al salir del oficio los cristia- nos encontraban á aquellos herejes y debían escuchar sus voces; así es que para prolongar el oficio hasta que los arrianos hubiesen vuelto á sus casas, y al mismo tiempo para afirmar la fe de los fie- les por medio de cantos ortodoxos, el santo Patriarca añadió los himnos en los Maitines y en las Láudes<sup>3</sup>.

En Maitines, el himno precede á los salmos, al contrario de lo

<sup>1</sup> S. Aug. *ad Psalm.* LXXII; S. Greg. Naz. *Carm.* xv.

<sup>2</sup> Coloss. III, 16; Ephes. v. 19; Euseb. *Hist.* lib. II.

<sup>3</sup> Socrat. lib. VI.